

Jo Goodman

Un beso peligroso

Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo y
María del Mar Rodríguez Barrena



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *If His Kiss is Wicked*

© Joanne Dobrzanski, 2007

© por la traducción, Ana Isabel Domínguez Palomo y María del Mar Rodríguez Barrera, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: abril de 2010

Depósito legal: B. 9.534-2010

ISBN: 978-84-08-09189-9

Composición: La Nueva Edimac, S. L.

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Jo Goodman es una autora de novela romántica conocida internacionalmente. Entre su amplia bibliografía romántica destacan sus series sobre las hermanas Dennehy, la familia McClellan, los hermanos Marshall y la familia Hamilton, así como las novelas *Passions Bride* (1984), *Scarlet Lies* (1988) y *Sweet Fire* (1991). Sus últimas obras son *Un beso peligroso* (Booket, 2010), *The Price of Desire* (2008) y *Never Love a Lawman* (2009).

*Para Mark Irvin y los Vilga,
unos vecinos increíbles
Comando Flamenco,
me rindo*

PRÓLOGO

Londres, junio de 1822

—Anda, sé buena y tráeme el bonete, ¿quieres? —Marisol apartó la vista de su reflejo y miró a su prima, que estaba al pie de la cama—. Estás inquieta, Emmalyn. Y no te favorece. La intranquilidad nunca es buena. Haz algo para matar el tiempo.

Emma estaba muy tranquila, pero no replicó al comentario hiriente de Marisol. La experiencia le había enseñado que discutir no serviría de nada. Marisol se mantendría en sus trece y cualquier argumento capaz de convencer a otra persona, para ella sería una tontería.

Miró hacia la ventana. Las cortinas de damasco estaban descorridas y enmarcaban un cielo cada vez más encapotado.

—Sabes que va a llover, ¿verdad?

—Me da exactamente igual. —Marisol acercó más la banqueta al tocador y examinó los pendientes de perlas que había escogido—. Son una preciosidad, ¿no crees? No consigo decidirme entre las bolitas o las lágrimas.

Emma no le dio su opinión. Los comentarios de Marisol nunca estaban pensados para recibir respuesta. Su prima sólo hablaba consigo misma.

—¿Vas a ponerte el bonete de paja negro?

—¿Qué? —Marisol frunció el ceño y la elección de

pendientes quedó olvidada de momento. Apretó los labios, un gesto que echaba por tierra la perfección de los mismos y la miró con una mezcla de exasperación e impaciencia que la llevó a fruncir el ceño hasta tal punto que sus cejas quedaron prácticamente unidas—. ¿Mi bonete de paja nuevo? Pues no, la verdad. El encaje satinado se estropearía. Tú misma acabas de decir que va a llover. ¿Y las plumas? Quedarían muy graciosas todas lacias. No voy a ponérmelo... ni tú tampoco.

Ante ese sutil comentario en el que le indicaba que sería ella, no Marisol, quien saliera bajo la lluvia, se le erizó el vello de la nuca. De modo que se la masajeó con la punta de los dedos para tranquilizarse.

—Pues, entonces, el bonete forrado de seda.

—Sí. —El ceño de Marisol desapareció—. Confieso que tenía en mente otra cosa, pero el bonete forrado de seda me parece la mejor opción. Muy buena idea. —Le dio la espalda al espejo para mirarla—. Siempre eres muy buena conmigo, Emmalyn. Y seguro que no te lo digo todo lo que debería. Me he propuesto señalarte al menos una vez al día el gran cariño que te tengo. Me lo recorda-rás, ¿verdad?

—Si eso es lo que quieres... —contestó ella con gesto impasible mientras huía a la carrera al vestidor de Marisol antes de ceder al fuerte impulso de echarse a reír.

El bonete elegido llevaba varios años desfasado, aunque sólo los más fieles devotos del estilo parisino se darían cuenta. Marisol acababa de comprar un pañuelo de seda barcelonesa de rayas que había utilizado para sustituir la cinta azul de satén original. Tenía que admitir que era un diseño muy favorecedor... en Marisol. En su caso, prefería algo que llamara menos la atención y que suscitara menos comentarios.

Marisol se había decantado por las perlas en forma de lágrima y estaba admirándose en el espejo cuando regresó

del vestidor con el bonete. Las perlas le rozaban con delicadeza el cuello mientras volvía la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—Su roce en el cuello es la sensación más maravillosa del mundo. —Un ligero estremecimiento acompañó sus palabras antes de mirarla para observar su reacción. Al ver que la miraba sin decir nada, se vio obligada a añadir—: Me recuerda a un beso, justo aquí, en el cuello. ¿Conoces esa sensación, Emmalyn?

—Por supuesto que sí.

Le tendió el bonete a su prima y se apartó cuando Marisol se volvió en la banqueta para mirarla con sus radiantes ojos azules. La expresión de su prima era taimada y curiosa a la vez, detalle que la puso en alerta. El rizo tan oscuro como el ébano que reposaba contra su sien parecía pintado por la mano de un maestro. El efecto alteraba la simetría de su rostro, pero, al mismo tiempo, resaltaba la perfección de sus facciones, similares a las de una muñeca de porcelana. Su piel era inmaculada y blanca como dictaba la moda. Esa blancura acentuaba el color rosado de sus mejillas de forma sorprendente, un rubor que se intensificaba y se suavizaba como si pudiera hacerlo a propósito.

—¿Eso quiere decir que te han besado? —preguntó Marisol. Su voluptuoso labio inferior comenzaba a adoptar la forma de un adorable mohín—. ¿Por qué no me lo has dicho nunca? Quiero su nombre. Insisto. Acordamos que no habría secretos entre nosotras.

No recordaba haberle hecho nunca semejante promesa. Sólo cometería una falta de sentido común tan grave si hubiera sufrido una coz en la cabeza.

—Se llamaba Fitzroy. ¿Estás contenta de haberme hecho confesar?

—¿Fitzroy? ¿Qué clase de nombre es Fitzroy?

—Uno muy elegante, supongo. A él le gustaba mucho, o al menos eso me pareció siempre. —Le tendió de nuevo

el bonete mientras Marisol se mordisqueaba el labio inferior—. Toma. ¿Quieres que te ayude a ponértelo?

Marisol cogió el bonete, pero lo dejó en el regazo. Siguió mirándola con cierto recelo mientras jugueteaba con el ala.

—Fitzroy. ¿Es su nombre de pila o su apellido?

Fingió que la pregunta la dejaba de piedra.

—Pues ahora que lo dices, creo que nunca se me ocurrió preguntárselo —contestó—. Sólo lo he conocido por ese nombre.

—Pero, ¿dejaste que te besara?

—Sí, por supuesto. Era simpatiquísimo y me gustaba mucho. —Se percató de que la confusión se apoderaba de las perfectas facciones de Marisol y la alteraba—. ¿Te he dado motivos para que pienses mal de mí? —añadió—. Porque estás frunciendo el ceño.

—Si lo hago es culpa tuya, así que debería darte vergüenza. —Tras haberla regañado, Marisol retomó su expresión serena y sólo delató lo que podría haberse tomado por un mero interés—. Jamás podría pensar mal de ti, Emma, pero es bastante sorprendente oírte hablar con tanta naturalidad de que te besen. Creo que debería recordarte que es muy peligroso coquetear con un hombre a quien no te han presentado como es debido.

Marisol hizo una pausa, parpadeó despacio y con exageración, y luego abrió la boca con expresión sorprendida. Ésa era la cara de su prima cada vez que comprendía algo. La secuencia de gestos le resultaba fascinante.

—Sí, querida —dijo con suavidad—. Tú misma lo has dicho, ¿qué hacemos ahora?

—Pero estaba hablando de ti —protestó Marisol—. Mi caso y el tuyo son diferentes, y el modelo de comportamiento que tú debes seguir es distinto al mío.

—Qué tontería más grande. ¿Por qué?

—La respuesta es muy sencilla: tienes cuatro años más

que yo. De todas formas, no creo que veintidós años sea una edad tan avanzada, ni tampoco creo que los dieciocho sean poca cosa. La verdad es que eres muchísimo mejor persona que yo.

En ese momento, le tocó a ella parpadear sorprendida. Sus ojos, verdes pero con un inconfundible toque azulado, quedaron momentáneamente ocultos tras los párpados. Un mechón de color chocolate se soltó del recogido, pero en lugar de caer con elegancia sobre su sien, se enroscó como un garfio sobre la ceja enarcada, dando la impresión de que era él quien la mantenía alzada. Levantó la barbilla y sopló hacia arriba, haciendo que el mechón se agitara, pero sin lograr devolverlo a su lugar. Al fin, la impaciencia pudo con ella y se lo apartó con la mano.

—¿Mejor persona? —repitió—. Es imposible que pienses algo así. Somos distintas, eso está claro. Es una observación justa. Pero, ¿mejor persona? No. Ahí te equivocas de lado a lado.

—Soy vanidosa y tonta —admitió Marisol con franqueza—. Mi padre lo dice, y él debe saberlo mejor que nadie porque soy igualita a mi madre en eso. No te esfuerces en buscar palabras que dulcifiquen sus comentarios. Mi padre quería a mi madre con locura, y sigue queriéndola, la verdad sea dicha. A mí me quiere de igual manera, no a pesar de lo que soy, sino precisamente por eso mismo.

—Ese comentario no lo haría una jovencita tonta.

—Sí, bueno, es fruto del momento. La tontería regresará enseguida.

Estupefacta por la sinceridad de su prima, Emma apretó los labios y se preguntó si después de eso estaría todo dicho entre ellas.

Marisol miró su reflejo por encima del hombro y luego captó su mirada a través del espejo.

—Y no puedes negar que soy vanidosa. ¿Cómo no voy

a serlo si sólo tengo mi belleza como carta de presentación? Tú eres increíblemente inteligente, Emmalyn. Mi padre siempre dice que podrías haber nacido varón por el cerebro que tienes.

—Estoy segura de que cree que es un halago —replicó ella con sorna.

—Desde luego que sí. Eres como un hijo para él. Él mismo me lo ha dicho. Un hijo es mejor que una hija, en mi opinión, porque las expectativas son sustancialmente distintas. Tú eres el hijo.

—Te equivocas, Marisol. El cariño que me profesa tu padre es muy distinto al que siente por ti.

—Por supuesto, pero yo no me refiero al cariño, sólo te estoy diciendo que piensa en ti como pensaría en un hijo. Eso no quiere decir que a mí me quiera menos, sólo que confía más en ti. Es así desde que viniste a vivir con nosotros. ¿Cuánto hace de eso? ¿Dos años?

—Casi tres —respondió en voz baja.

Marisol se volvió con brusquedad. El bonete cayó de su regazo al suelo pero no hizo intención de recogerlo. Cuando Emmalyn fue a hacerlo, Marisol la detuvo cogiéndola de la mano.

—Una jovencita menos vanidosa y tonta no se habría olvidado de que el mes que viene es el aniversario de la muerte de tus queridos padres. Perdóname, Emmalyn. He hablado sin pensar.

—No hay nada que perdonar.

—De verdad que eres mejor persona. —Marisol le dio un leve apretón en la mano—. Y muchísimo más bondadosa.

Emma esperó a que Marisol le soltase la mano y luego se agachó para recoger el bonete. Al ver que su prima no pensaba cogerlo, suspiró y aceptó lo inevitable.

—Se trata del señor Kincaid, ¿no? Tienes que darle un mensaje.

—¿No te he dicho que eres increíblemente inteligente? Me has leído el pensamiento.

—En absoluto. No sé dónde es la cita, ni cuándo. Y mucho menos para qué.

—Vas a ir a la tienda de madame Chabrier.

—¿La sombrerería?

—Sí. El señor Kincaid te estará esperando.

—No es precisamente un establecimiento frecuentado por caballeros. Además, ¿no prefieres los estupendos sombreros de la señora Bowman?

—Sí. Parecerá un encuentro fortuito. No quería que nadie pensara mal.

—Puesto que soy yo la que va a ir en tu lugar, la oportunidad de que te encuentres con el señor Kincaid es... nula. No entiendo por qué tantas precauciones si soy yo quien va a verlo.

—Pero cuando accedí a verlo, no sabía que al final irías tú en mi lugar. Es evidente, ¿no?

—¿Y dices que yo soy la inteligente? Deberías revisar tu opinión sobre mí.

—Tal vez lo haga —replicó Marisol—, pero no ahora. Es una pérdida de tiempo. —Miró el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea—. El señor Kincaid y yo acordamos encontrarnos a la una.

—Pues es casi la hora.

—Sí, pero como siempre soy impuntual... El señor Kincaid lo sabe muy bien, ya que me tomó la molestia de explicarle las sutiles diferencias entre llegar tarde como seña de identidad y llegar tarde porque así lo dicta la moda. Me decanto por la primera. Esperaré.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces me quedará desolada.

—Pero, ¿por qué? Ni siquiera vas a verlo.

—Él no lo sabe. Emma, de verdad, ¿cómo es posible que no lo entiendas? Me está esperando. Confío en ti para

que juzgues su reacción cuando vea que eres tú quien ha aparecido en mi lugar.

—Muy bien, y cuando juzgue que está echando mano de la buena educación para disimular sus frustradas esperanzas, ¿qué hago?

—Le das esto. —Se metió la mano con cuidado en el corpiño festoneado de su vestido y se sacó una hoja de papel doblada y perfumada—. Esto le explicará por qué no puedo seguir viéndolo.

—Entiendo. —Cogió la nota con la mano izquierda y la apretó—. ¿Y si parece aliviado al ver que he aparecido yo en tu lugar?

—Entonces le darás esto otro. —Marisol se puso en pie y le colocó la palma de la mano en la mejilla con cuidado—. Pero se lo darás con muchísimo sentimiento. Recuerda que estás insultándolo en mi nombre y que deberías responder en consonancia.

—No creo que pueda abofetear al señor Kincaid, con o sin sentimiento. —Observó a su prima mientras ésta volvía a sentarse lentamente en la banqueta con gran elegancia—. A lo mejor me limito a decirle que no quieres volver a verlo, con eso debería bastar. —Lo sugirió sin atisbo alguno de la exasperación que la consumía—. Desde luego, en ese supuesto, no se merece la nota perfumada que has escrito de puño y letra. No la conservaría como oro en paño, que es lo que merece.

Marisol levantó la cabeza y la miró con renovada estima.

—Es justamente lo que pienso. Si no le afecta en lo más mínimo que haya perdido mi afecto, no se merece un recuerdo de nuestra breve relación. Una bofetada parece justa. Al fin y al cabo, será la prueba de que ha jugado con mis sentimientos.

Había cierta lógica en las palabras de Marisol que, para su absoluta consternación, comenzaba a comprender.

—Estoy segura de que podré ponerle mucho sentimiento cuando le diga que no deseas seguir viéndolo. —No le explicó que el sentimiento sería de alivio. Los encuentros de Marisol con Jonathan Kincaid no le habían pasado desapercibidos. El hecho de que pasaran desapercibidos para su padre y para su prometido llevaba un tiempo preocupándola. Tal vez su prima también empezara a cuestionarse ese punto—. Cuando termine de hablar con él, sabrá sin lugar a dudas que no es un caballero y que lo único que merece es tu enemistad y tu desdén. ¿Te parece adecuado?

—Muchísimo. Le hablarás con tu voz más remilgada, ¿verdad? Y creo que sería muy apropiado que lo fulminases con la mirada así. —Marisol entornó sus relucientes ojos azules y compuso una expresión gélida.

—Supongo que puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Yo lo he aprendido de ti.

—¡Vaya! —exclamó, aunque la sorpresa y la consternación hicieron que apenas se escuchara. Por un instante, se quedó sin palabras—. No tenía ni idea.

La mirada gélida de Marisol se tornó en una de felicidad.

—Eso es porque no te miras nunca al espejo. Censurar a los demás, conseguirlo con una mirada, te sale de forma espontánea. No sabes lo que me atemorizas.

No la atemorizaría tanto cuando era incapaz de mordearse la lengua para decir lo que pensaba. Las ocurrencias que pululaban por la materia gris de su prima siempre encontraban salida por su boca. No se lo dijo, por supuesto, como tampoco le comentó la rareza de lo que sin duda Marisol consideraba un halago. En cambio, se colocó el bonete de paja en la cabeza y se ató las cintas.

—Voy a coger mi pelliza.

—No, llévate la mía. Si no me equivoco con respecto al tiempo, vas a necesitarla. No me perdonaría nunca que

te resfriaras. Creo que deberías ponerte la verde. Casi diría que es mi preferida, aunque a ti te quedará todavía mejor.

—No me importa ir a por la mía.

Como respuesta, Marisol extendió el brazo y señaló su vestidor.

—La encontrarás en el armario. Berry la ha cepillado esta mañana.

Localizó la pelliza, se la puso y se la abrochó bajo el pecho. Lo primero que le pasó por la cabeza al mirarse en el espejo fue que la caída de la muselina verde con el ribete de seda le sentaba bien. Como era habitual, se sorprendió por el parecido que a simple vista existía entre Marisol y ella. Ya no se pasaba las horas pensando en eso como al principio, ya que en un momento dado decidió olvidarse del tema con el convencimiento de que era un efecto extraño de la luz y del ángulo del espejo.

Marisol estaba de pie junto a su tocador cuando volvió al dormitorio. Su prima se llevó las manos al pecho, encantada con el resultado de su plan.

—Sabía que te sentaría de maravilla —dijo—. Vamos, da una vuelta para que vea el efecto completo.

Emma titubeó un instante, pero al final decidió que no le quedaba más remedio que acceder.

—Vaya, vaya, Emmalyn Hathaway, ¡estás estupenda! —Se acercó a ella a fin de colocar bien uno de los volantes de la manga para que cayera como era debido contra el dorso de su mano—. No me extrañaría nada que el señor Kincaid creyera que he acudido a la cita, al menos hasta que te acerques a él.

—¿Forma eso parte de tu plan, Marisol? ¿Quieres que me confunda contigo con la esperanza de que eso provoque una reacción más apasionada?

—¿Crees que funcionará? Confieso que no se me había ocurrido, pero sería fantástico. Así te costará menos

juzgar si tiene intenciones aviesas. No quiero que le des mi nota si se merece una regañina.

—Aunque conozco poco al señor Kincaid, dudo mucho que tenga malas intenciones. Me parece que es un hombre muy directo.

Marisol expresó en voz alta sus dudas.

—Si tú lo dices... Pero, según mi experiencia, los hombres tienen unos procesos mentales tan enrevesados que me marean. ¿Tienes mi nota?

Le indicó que se la había guardado bajo el cinturón.

—No la perderé.

—Prométeme que volverás enseguida.

La petición de su prima no se debía a la preocupación por su persona, sino al deseo de que la pusiera al tanto de los detalles de la cita.

—La lluvia me animará a volver lo antes posible. —Se acercó a la puerta y la abrió, pero se detuvo en el vano. Cuando miró hacia atrás, Marisol ya se dirigía a la ventana—. ¿Marisol?

—¿Qué?

—No volveré a hacer esto por ti. —Emma se dio media vuelta, no sin antes percatarse de que su prima había tenido el detalle de ruborizarse.

Capítulo uno

—Tiene una visita.

Restell Gardner no respondió en modo alguno a la noticia. Siguió inmóvil en la cama y se negó a hacer el menor movimiento, ya que así delataría que en realidad no estaba dormido.

—No va a servirle de nada, señor —le advirtió Hobbes mientras vertía el agua en la palangana—. Usted mismo me avisó de este truco y me pidió encarecidamente que no me dejara engañar. De modo que estamos en una tesitura, no sé si me entiende, porque sé que está fingiendo y debo actuar en consecuencia y, por su parte, usted seguirá en la cama y me regalará un sonoro ronquido para despistar. Cuando vea que no obtiene el resultado esperado, se dará la vuelta y me obligará a rodear la cama para hablarle a la cara. Por supuesto, seguirá haciendo oídos sordos a mis palabras y me obligará a tomar medidas que posiblemente pongan en peligro mi empleo. Entenderá usted, por tanto, que semejante resultado no está en absoluto de acuerdo con su promesa de tratarme siempre con respeto.

En cuanto se le presentó la oportunidad de expresarse, Restell señaló:

—Hobbes, ¿tienes la intención de hacer un discurso sobre el tema?

—Sí, señor.

Restell no se dignó siquiera abrir un ojo.

—Yo no ronco.

—No puedo asegurarlo, y tampoco puedo asegurar lo contrario, señor Gardner. Lo único que sé es que es muy capaz de fingir que lo hace.

—¿Dónde lo encontré, sargento Hobbes?

—En los establos de La Ruina Azul, bebiendo ginebra de mala calidad y maldiciendo la pérdida de mi pierna.

—Supongo que no echas de menos tu trabajo en los establos.

—No, señor. Y tampoco echo de menos la ginebra. Lo que sí echo de menos es la pierna, aunque con esta pata de palo me apaño.

Restell se volvió para quedar de espaldas y se frotó los ojos. Cuando apartó la mano, miró a Hobbes. El antiguo soldado lo aguardaba junto a la cama o, más bien, lo acechaba, dada su altura y la jarra de agua que había inclinado en un ángulo un tanto amenazador.

—No sabía que pudieras torturarme con agua —dijo, indicándole que se alejara con un gesto de la mano—. Estoy despierto, gracias.

—De nada, señor.

—Era un sarcasmo.

—Lo mismo digo.

Restell se incorporó con una sonrisa en los labios, se colocó un almohadón en la base de la espalda y apoyó los hombros en el cabecero. Acto seguido, se pasó una mano por el pelo, de un tono rubio aclarado por el sol, y el gesto lo dejó perfectamente despeinado.

—¿A qué hora volví?

—Eran más de las tres. Muy tarde para usted, señor.

No necesitaba que se lo recordaran. Había pasado una eternidad desde la época en la que frecuentaba los antros de juego. No recordaba haberse sentido tan cansado en aquel entonces.

—¿Y qué hora es ahora mismo?

—Todavía no son las ocho.

—¡La madre que...! ¿Y tengo una visita? —Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a meterse bajo las sábanas—. Que el Señor nos coja confesados, no será mi madre, ¿verdad?

—No, señor. No es ningún miembro de su familia. —Hobbes rodeó la cama y regresó junto al lavamanos. Esa mañana apenas se apreciaba su cojera—. Sin embargo, su visita es del género femenino.

—Eso no me dice nada sobre el motivo de su visita a estas horas. ¿Quién es?

—No lo ha dicho. El señor Nelson le ha pedido su tarjeta de visita, pero se ha negado a dársela.

—Qué curioso.

Hobbes asintió con la cabeza.

—Eso mismo he pensado yo. —Dejó las toallas cerca de la chimenea para que se calentaran y después comenzó a enjabonar la brocha de afeitar en el cuenco—. ¿Desea bañarse?

—No sabes cuánto. Apesto a antro de juego.

Hobbes no hizo el menor comentario, aunque era cierto.

—Ordenaré que lo preparen. —Soltó el cuenco con la brocha y el jabón de afeitar, y cruzó el dormitorio para tirar del cordón de la campanilla del servicio—. ¿Tomará el desayuno aquí o en el saloncito matinal?

—Aquí —contestó al tiempo que apartaba las sábanas y colocaba los pies en el suelo. Sin embargo, siguió sentado en el colchón un momento con la cabeza entre las manos para estabilizarse. Cuando lo logró, apartó las zapatillas de un puntapié y decidió caminar descalzo hasta el vestidor a fin de sentir el frío del suelo en los pies—. ¿Crees que esperará? —le preguntó a Hobbes.

—No sabría decirle, señor —respondió el aludido, que cogió las toallas ya calientes para llevarlas al vestidor—. ¿Acaso importa?

—Es un incordio de mujer. Me gustaría tener la oportunidad de decírselo.

—¿Cree que ella lo ignora? Normalmente lo saben.

—En ese caso, deberían luchar contra su naturaleza con uñas y dientes —replicó Restell con voz malhumorada—. ¿Tienes polvos para el dolor de cabeza, Hobbes? Tengo a todos los diablos de Satán bailando alegremente en mi cabeza.

Hobbes soltó un gruñido compasivo.

—Ahora mismo.

El estado de Restell mejoró un poco después del baño y del afeitado. Ya se sentía medianamente humano cuando Hobbes le colocó las ligas para sujetarle los calcetines y le cepilló la chaqueta. El remedio para el dolor de cabeza comenzó a surtir efecto. Después de disfrutar de un tranquilo desayuno y de ojear el periódico matutino, declaró estar lo bastante preparado como para recibir a la mujer en la biblioteca.

Estaba a punto de sentarse en el sillón orejero emplazado junto a la chimenea cuando Nelson la anunció. Fue un tanto incómodo (el anuncio), ya que Nelson ignoraba el nombre de la mujer. Y también lo fue el modo en el que Restell se enderezó al oírlo, ya que sus gestos lo hicieron parecer tan desmañado como los payasos que salían, activados por un resorte, de las cajas sorpresa. Se percató de que el mayordomo abandonaba la estancia al punto, pero no tan rápido como para que pasara por alto el asomo de sonrisa que llevaba en los labios.

Por parte de la mujer no hubo la menor reacción, al menos que él apreciara. Sus rasgos faciales estaban ocultos tras un velo de gasa sujeto al ala de un bonete de paja. La peculiaridad del atuendo lo sorprendió. Saltaba a la vista que la mujer estaba de luto, ya que el negro era el único color que adornaba su delgada figura. Sin embargo, el velo estaba en desuso en los tiempos que corrían. ¿Lo

llevaría siempre?, se preguntó. ¿O lo habría elegido precisamente para la visita matinal?

—¿Le han ofrecido algún refrigerio? —preguntó Restell. Aunque todavía no la había oído hablar, tuvo la impresión de que se trataba de una mujer de mediana edad. No había visto el menor titubeo en su forma de andar y su porte era correcto, aunque no rígido. No parecía sufrir de ninguna fragilidad física—. ¿Le apetece un té?

Ella negó con la cabeza. El velo se agitó con el movimiento, pero siguió en su sitio. Tenía el pequeño bolso de mano aferrado con ambas manos a la altura de la cintura y no hizo ademán alguno de variar de posición.

Restell comprendió por qué Nelson no le había negado la entrada pese a lo inoportuna que era la hora de su visita. Su serenidad parecía sobrenatural y estaba imbuida de una especie de resignación y determinación que hacía pensar que sería imposible hacerla cambiar de idea.

—¿No quiere sentarse? —la invitó Restell.

—Todavía no lo he decidido.

—¿No ha decidido si va a sentarse?

—No he decidido si voy a quedarme.

Restell se encogió de hombros.

—En ese caso, supongo que no le importará que atienda mi correspondencia. Puede usted sentarse o quedarse de pie, seguir aquí o marcharse, lo que le apetezca.

En lugar de seguir prestándole atención, se acercó a su escritorio y comenzó a ojear la correspondencia del día anterior. Cogió un sobre marcado con el sello del conde de Ferrin y apoyó una cadera en el borde del escritorio mientras lo abría. Por el rabillo del ojo, vio que la mujer lo observaba de arriba abajo, pero se esforzó en prestarle atención a la carta de su hermanastro. Había dejado atrás los saludos iniciales y también los párrafos que anunciaban que todos los miembros de la familia de Ferrin disfrutaban de buena salud cuando su visita lo interrumpió.

—No creía que fuera usted tan joven —dijo la mujer.

—Tengo veintiséis años. Le sorprende mi edad, ¿no?

La desconocida no respondió directamente.

—Es imposible que posea la experiencia que estoy buscando.

—Me pone usted en una situación de desventaja —replicó él, dejando que la carta de Ferrin se agitara entre sus dedos en lugar de soltarla. Era una señal muy sutil de que seguiría ocupado con sus asuntos mientras ella no se explicase—. No sé nada acerca de la experiencia que necesita. Tal vez lo entienda si comienza usted por explicar el motivo de su visita.

La mujer titubeó antes de preguntar:

—¿No quiere saber mi nombre?

—¿Me resultará conocido?

—No.

—En ese caso, no tiene importancia. Usted conoce el mío. Ése parece ser el quid de la cuestión.

—He llegado hasta usted a través de mi médico.

Restell dobló la carta de Ferrin mientras sopesaba la información que acababa de escuchar. Con el papel todavía en la mano, comenzó a golpear suavemente la rodilla.

—¿Sería tan amable de decirme su nombre?

—Bettany. Es el doctor William Bettany.

Restell no se dignó decir si conocía o no conocía al médico.

—¿Y qué le ha dicho el doctor Bettany sobre mí?

—Muy poco. —Como evidentemente ya había tomado una decisión, la desconocida se acercó al sillón que tenía a la espalda y se sentó de golpe sin soltar el bolso que afeerraba con tanta fuerza—. Me explico. En realidad, no estaba hablando conmigo. Escuché parte de la conversación que estaba manteniendo con mi... que estaba manteniendo con otra persona.

—¿Puedo saber el nombre de esa persona? —La pausa le había hecho sospechar que tal vez conociera a la persona en cuestión. Sin embargo, y en vez de presionarla, decidió ir al grano—. ¿Qué fue lo que oyó sobre mí?

—El médico parecía creer que posee usted ciertas habilidades que podrían servir de ayuda a una persona en mi situación.

—Ciertas habilidades —repitió él—. Una descripción de lo más intrigante. ¿A qué cree usted que se refería?

—Hablaba sobre ofrecer protección. Creo que es uno de los servicios que usted ofrece.

—¿Está segura de haber entendido el contexto de la conversación? A riesgo de ofenderla, debería tener presente que cuando un caballero le ofrece su protección a una mujer, normalmente es para...

—Para convertirla en su amante, sí, lo entiendo. A riesgo de ofenderlo, ésa no es la clase de protección por la que estoy aquí. No creo haber malinterpretado las palabras del doctor Bettany. Estaba hablando de protección para evitar un daño. Por eso he venido a verlo.

Restell cruzó los brazos por delante del pecho y miró a la mujer con ojo crítico. No intentó ver más allá del velo, pero examinó el resto de su figura al detalle. Los hombros erguidos y la espalda estrecha. El corte y la calidad de su ropa. La inmovilidad de sus manos en torno al bolso. No le veía el pelo, ni tampoco los pies, que estaban primorosamente ocultos bajo las faldas. Bien podría ser rubia, o morena, o tener la piel atezada tan típica de las personas de origen mediterráneo. Hablaba con un acento similar al suyo, lo que delataba que llevaba años bajo la influencia londinense y que había tenido una educación esmerada; pero, de todos modos, su forma de hablar indicaba que sus orígenes estaban muy al norte de Londres. No podía negar que estaba intrigado. Era un hecho que aceptaba como tal. Aunque eso no implicaba

que estuviera dispuesto a tratar el tema de ofrecerle o no protección.

—¿Necesita usted un lugar donde alojarse? —le preguntó.

—No, nada de eso. Tengo un lugar donde quedarme.

—Eso quiere decir que no está planeando su huida.

El comentario la sobresaltó hasta el punto de que dio un respingo y levantó la barbilla, haciendo que el ala del bonete se alzara también. Era evidente que su deducción la había desconcertado.

—No, por supuesto que no. Estoy contenta donde estoy.

La elección de palabras le resultó curiosa, pero no dijo nada al respecto.

—Tendrá que contarme más. Sería una buena idea que comenzara por el principio y me dijera por qué necesita protección.

—No estoy segura de necesitarla. Es usted quien debe decidirlo. Creí entender, según lo que dijo el doctor Bettany, que usted hace averiguaciones con mucha discreción. Me interesa contratar ese aspecto de sus servicios de la misma manera que me interesa contar con su protección.

¿Sería demasiado temprano para servirse una copa de licor?, se preguntó Restell. Echó un vistazo a la licorera, situada tras la mujer, y consideró la idea de quitarle el tapón al escanciador del whisky para darle un buen trago.

—¿No acaba de decir que no está segura de necesitar protección?

—No estoy segura de que yo la necesite —puntualizó—. Creo que tal vez sea mi prima quien requiera sus servicios.

—Su prima. Supongo que no va a decirme su nombre.

—A su debido tiempo, creo. Comprenderá usted que antes debo asegurarme de que estoy haciendo lo correcto al contratar sus servicios.

Los labios de Restell esbozaron el asomo de una sonrisa torcida, revelando cierta sorna.

—Veo que está convencida de que la decisión es únicamente suya.

—¿No lo es?

Restell no contestó de inmediato. Separó los brazos del pecho para coger el abrecartas que descansaba en la bandeja que tenía al lado y comenzó a darse golpecitos con la hoja en la palma de la otra mano.

—No, de hecho, la decisión final es sólo mía —dijo al fin. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que fruncía el ceño detrás del velo—. No acepto a todas las personas que vienen a verme para contratar mis servicios. Y, del mismo modo, puedo ofrecer dichos servicios a cualquier persona que no se haya interesado directamente por ellos. En cuanto anunció usted su intención de mantener esta conversación nada más entrar por esa puerta y decidió aguardar obstinadamente en lugar de marcharse, aprovechando para ello el tiempo que le concedí, me cedió la prerrogativa de decidir la respuesta. Le guste o no, yo decidiré cómo procederemos a partir de ahora, dependerá de la opinión que me forme a partir de este momento.

—Pero ni siquiera me conoce. Si no contrato sus servicios, nunca sabrá mi nombre. No puede ofrecer sus servicios a una persona cuyo nombre desconoce.

—¡Por el amor de Dios! No puede ser tan tonta como para creerme incapaz de averiguarlo. Si esas... ciertas habilidades que poseo no me capacitaran para llegar a ese extremo, no estaría usted aquí intentando contratar mis servicios, ¿no le parece? Es una perogrullada. Espero que tenga usted la cabeza bien amueblada, señora. —Soltó el abrecartas en la bandeja y se enderezó—. ¿Mis palabras la han ofendido? Eso espero. Si se siente intimidada, no me queda más remedio que acompañarla hasta la puerta.

—Sé dónde está la puerta —replicó ella—. Y soy lo bastante inteligente como para llegar hasta ella sola.

Restell se permitió una pequeña sonrisa mientras le daba la espalda para rodear el escritorio. Se sentó en el sillón de cuero y estiró las piernas por delante.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Se percató de que la mujer se removía en el sillón y comprendió que no se esperaba la pregunta.

—Ya se lo he dicho. Gracias al doctor Bettany.

—Gracias al doctor Bettany oyó usted hablar de mí. Yo me refiero a mi dirección.

—Usted no es el único capaz de hacer averiguaciones con discreción. Fue un miembro de su familia quien dijo que estaría un tiempo en la residencia londinense de su hermano.

—Sinceramente, dudo mucho que cualquier miembro de mi familia se haya referido a mi estancia en Londres como temporal. Todos saben que estoy contentísimo con mi situación actual. De hecho, saben que disfruto muchísimo de los beneficios de convertir esta residencia en mi hogar. No pienso permitir que me desalojen, por mucho que Ferrin proteste. El conde es mi hermanastro, por cierto, aunque no solemos mencionarlo en exceso. Sólo se lo comento para que sepa que posee una naturaleza generosa que admiro mucho y de la que me aprovecho cada vez que puedo, pero que no comparto.

—Es usted el pariente pobre.

La sonrisilla que esbozaban los labios de Restell se convirtió en una sonrisa en toda regla que iluminó sus claros ojos azules y puso de relieve los hoyuelos a ambos lados de su boca.

—Eso dicen, sí.

—No parece preocuparle.

—El tema no lo merece a mi entender. —Se encogió de hombros y encauzó las preguntas por otros derroteros—. De modo que, gracias a un miembro de mi familia, supo

que podía encontrarme aquí. Verá, es que el doctor Bettany no tenía por qué saberlo, por eso el detalle me ha resultado curioso. Cuando conocí a ese buen hombre, todavía tenía fijada mi residencia en Kingston Street. —Entrelazó los dedos y comenzó a golpear los pulgares mientras reflexionaba sobre la mujer y sobre todo lo que no le había dicho—. ¿Está preparada para contarme el motivo de su visita? Llevo tres noches durmiendo muy poco y confieso que estoy cansado de elucubrar. A decir verdad, estoy a punto de volverme a la cama a rastras.

Restell había descubierto que el silencio era, en muchas ocasiones, la clave para sonsacar la verdad. Al ver que la mujer no hablaba de inmediato, aguardó. Siguió observándola como si hubiera penetrado tras el velo y conociera al dedillo todas sus expresiones. Cuando le asaltó el impulso de romper el silencio, se mordió la lengua y decidió esperar un poco más.

Al fin, su paciencia se vio recompensada.

La mujer se alzó el velo.

Había visto a muchos hombres abandonar el cuadrilátero después de tres asaltos duros con menos moratones que los que tenía esa mujer en la cara. La evidencia de la paliza casi había desaparecido, pero aún conservaba el color amarillento que recordaba precisamente el lugar donde la habían golpeado. Tenía unas profundas ojeras moradas que indicaban que le habían partido la nariz, aunque no se la hubieran aplastado. Su cutis tenía el tono amarillento típico de las personas que sufrían de ictericia, aunque en su caso sólo era la confirmación de los puñetazos que había recibido. La mejilla izquierda parecía haber sufrido más que la derecha, porque todavía la tenía un poco hinchada. En el labio superior tenía un corte aún sin curar, posiblemente porque la herida se abría cada vez que hablaba. En la garganta también se observaban moratones. Aunque el cuello alto del vestido le ocultaba gran parte del mismo, se

imaginó las huellas de los dedos muy cerca de las clavículas, señal inequívoca de que habían intentado estrangularla y de que habían estado a punto de lograrlo.

Le bastó apenas un vistazo para percatarse de todos esos detalles y después se lanzó a explorar lo que no se veía. Las contusiones le habían hinchado la cara hasta el punto de que ocultaban sus verdaderos rasgos con la misma eficacia que el velo. Se vio obligado a ir quitando capas de moratones e hinchazón para descubrir la verdadera forma de su rostro.

Su estructura ósea era muy elegante. Nariz recta, hábilmente recolocada por una mano experta; pómulos altos, acentuados por la ausencia de mofletes; mentón alargado que apretaba con fuerza y, tal vez, también con cierto dolor. Tenía los ojos almendrados, un rasgo exótico al que en su opinión podría sacarle muchísimo más partido si bajara un poquitín los párpados. En cambio, enfrentaba su mirada directamente y sin tregua. Semejante franqueza hizo que pasara por alto el color de sus ojos, del cual no se percató hasta el segundo examen.

—No me imaginaba que fuera usted tan joven —confesó, repitiendo la observación que ella misma dijera poco antes—. Normalmente soy mejor observador.

—Vaya, pero, como puede comprobar, he ganado mucha experiencia vital recientemente.

—Sí —convino él, inclinando la cabeza a modo de reconocimiento—. Desde luego. —Se inclinó hacia delante en el sillón—. ¿Se lo hizo algún conocido?

—No.

—¿Está segura? ¿Su padre? ¿Su hermano? ¿Alguien cuyo nombre todavía no esté dispuesta a revelar? ¿Tal vez un amante?

—¿Por qué insiste en pensar que es un conocido? Si ése fuera el caso, se lo diría. Además, ¿qué sentido tendría que hubiera venido a verlo?

—Exacto. Sin embargo, muchas mujeres no lo confiesan nunca o, al menos, no lo hacen al principio. Por miedo, me temo. Algunas temen a sus torturadores. Otras se aferran a la esperanza de poder hacer algo para cambiar las cosas. Aunque les explico en la primera entrevista que es mejor que me cuenten todos los pormenores, la verdad sólo sale a la luz con el paso del tiempo.

—Porque aprenden a confiar en usted, supongo.

—Es muy posible que tenga razón. Tal vez tengo demasiadas expectativas. —Se encogió de hombros y volvió a acomodarse en el sillón, cruzando las piernas a la altura de los tobillos—. ¿Por qué no ha venido nadie a hablarme de su caso por usted? Ha dicho que oyó al doctor Bettany hablarle de mis habilidades a alguien. ¿Por qué no ha seguido esa persona las indicaciones del buen doctor?

—No estoy segura. No lo pregunté.

—Pero seguro que tendrá curiosidad por saberlo. ¿Qué opina?

La mujer apretó los labios y frunció un poco el ceño justo antes de soltar el bolso el tiempo suficiente como para llevarse el dorso de los dedos a la boca. Acto seguido, miró el guante para ver si lo había manchado de sangre. Antes de que pudiera sacar su pañuelo, Restell estaba frente a ella, ofreciéndole el suyo.

—Gracias —dijo mientras se lo llevaba a los labios—. No se me curará a menos que deje de mordirme los labios. Soy incapaz de abandonar esa costumbre. —Apartó el pañuelo y, al ver que ya no sangraba, lo dobló meticulosamente.

—Quédeselo —le ofreció él, que había vuelto a sentarse—. Voy a seguir con el interrogatorio y tal vez se vea en la necesidad de volver a usarlo. Bien, dígame por qué cree que nadie, salvo usted, ha venido a verme para exponerme su caso.

La observó tomar una honda bocanada de aire mientras él contenía el aliento en espera de su reacción.

—Creo que se debe a la convicción generalizada de que el peligro ha pasado o, más bien, de que yo misma me busqué lo que me pasó al ponerme en peligro.

—Va a tener que explicarme esa conclusión.

—Quiero decir que si no hubiera estado donde estaba, no me habría pasado nada. He meditado mucho al respecto.

—Entiendo. Así que la culpa de lo que le pasó es toda suya.

—¿Yo, culpable? —Enarcó las cejas—. No, por ahí sí que no paso. Soy culpable de estar donde estaba, nada más.

—Así que su familia cree que el ataque fue casual, fruto de la oportunidad y no premeditado.

—He llegado a la conclusión de que eso es lo que creen. Tal como ya le he dicho, no les he preguntado.

—No recuerdo haber leído ningún artículo en *La Gaceta* que informara de un ataque similar al suyo. ¿Fue aquí, en Londres?

—Comenzó aquí. Acabó en Walthamstow. ¿Lo conoce?

—Sé dónde está. Creo que Waltham Abbey está cerca, ¿no es así?

—Sí.

—¿Me está diciendo que la secuestraron y la llevaron a Walthamstow?

—Allí fue donde logré escapar. No sé cuánto tiempo tenían planeado permanecer en ese lugar.

—¿Había varios secuestradores?

—Dos hombres, aunque en ocasiones tengo la sensación de que había un tercero.

Restell mantuvo una expresión firme mientras asimilaba la información como si no se le estuvieran retorciendo las entrañas. Si la mujer estaba dispuesta a hablar de ello, lo menos que podía hacer era reconocer su valor.

—Los moratones parecen tener más de una semana. ¿Cuánto hace que sucedió todo esto?

—Menos de tres semanas. Me han dicho que logré escapar apenas unos días después de que me asaltaran en el callejón trasero de la tienda de madame Chabrier. No puedo asegurar cuánto tiempo pasó, porque me pareció que todo sucedía en un abrir y cerrar de ojos, aunque al mismo tiempo tuve la impresión de que la experiencia duraba una eternidad. Gracias a la amabilidad que me demostraron el posadero del pueblo y su esposa, le envié una nota a mi familia, que no tardó en ir a buscarme.

Restell tenía muy claro por qué no había oído nada sobre el secuestro ni sobre la paliza. Una familia de alcurnia y con buena reputación haría todo lo posible para silenciar un suceso semejante. Con independencia de que la víctima fuera o no responsable al ponerse en peligro, o de que la hubieran violado o no, estaría arruinada a ojos de la alta sociedad. En ese momento, pensó que tal vez su familia compartiera la misma opinión.

—¿Estaba sola cuando la secuestraron? —quiso saber. Ella asintió con la cabeza.

—Ni siquiera llevaba a mi doncella conmigo. Tal vez le parezca absurdo, pero no me arrepiento porque creo que la habrían matado de haberme acompañado.

Restell examinó de nuevo su ropa.

—No está de luto.

La mujer guardó silencio un instante y su expresión se tornó muy seria.

—Estoy de luto por mí misma —contestó con serena dignidad—. Estoy de luto por la pérdida que he sufrido. Por la pérdida de esa parte de mí que disfrutaba de la libertad de movimientos sin que la asaltara ningún temor. Es posible que hubiera venido a verlo hace ya unos días si hubiera sido capaz de salir de casa. Se me han presentado varias oportunidades, pero he sido incapaz de poner un pie

en la calle. Llegué incluso a arreglarme en dos ocasiones y a llegar hasta la puerta. Pero, en ambos casos, regresé a mi habitación. Hoy me he tomado dos cucharadas de láudano con la esperanza de que el efecto soporífero me ayudara a controlar el miedo. Espero que mis actos no le den la falsa impresión de que soy una cabeza de chorlito. La larga espera en su salón ha aliviado bastante el letargo.

—¿Está asustada ahora?

—Muerta de miedo.

—Sin embargo, parece muy tranquila ahí sentada.

—No puedo moverme. —Esbozó una sonrisa torcida y tomó aire como si estuviera utilizando una pajita—. A penas puedo respirar.

El valor que demostraba lo sobrecogió. Algún día se lo diría, pero no en ese momento, no cuando cualquier palabra amable podía poner en riesgo su determinación.

—¿Qué cree que puedo hacer por usted?

La mujer no contestó la pregunta directamente. Aunque eso no lo sorprendió en lo más mínimo, ya que se había percatado de que se sentía más cómoda dando un rodeo.

—Soy Emmalyn Hathaway —dijo después de un largo silencio—. La señorita Emmalyn Hathaway.

Tal como sospechaba, su nombre le era completamente desconocido.

—Es un honor conocerla, señorita Hathaway.

La aludida no mostró el menor indicio de corresponder al sentimiento ni tampoco pareció dar mucho crédito a sus palabras.

—Mis padres eran Elliot y Teresa Hathaway, nacidos en Peterborough.

Restell comprendió que no había estado en absoluto desencaminado con respecto a su acento. Peterborough estaba en Northamptonshire.

—Y muertos en el naufragio del *Emily Pepper* —si-

guió—, que desapareció con todos sus pasajeros y con todo su cargamento en algún punto al sur de Ceilán.

—Recuerdo el naufragio del *Emily Pepper* —replicó.

Además de llevar a los padres de la señorita Hathaway, el barco transportaba un cargamento millonario en seda y té. Él mismo había considerado la idea de invertir en la mercancía, pero después de hacer algunas indagaciones sobre los compradores potenciales y, más importante aún, sobre el dueño, se lo pensó mejor y aconsejó a otros que no invirtieran. El naufragio del *Emily Pepper* y la pérdida de su tripulación, de los pasajeros y de la carga habían conseguido que su suerte cambiara.

La gente comenzó a tomarlo en serio.

Sin embargo, no compartió sus pensamientos con la señorita Hathaway. A cualquiera le costaría entender que la muerte de sus padres había sido una coyuntura favorable para otra persona, sobre todo porque ni él mismo terminaba de decidir si los cambios que le había supuesto eran favorables o no.

Recordó que faltaba muy poco para el aniversario del naufragio del *Emily Pepper*.

—La semana que viene se cumplirán tres años de su hundimiento —dijo, aunque no fue consciente de haber hablado en voz alta hasta que ella lo miró.

Sus ojos eran más verdes que azules. El mismo color que el agua de un río de camino hacia el mar. El color que siempre había creído que tendría un aguamarina, pero que luego descubrió que no tenía.

—Tres años —repitió en voz baja—. Pero usted ya lo sabe, claro.

Ella asintió con la cabeza.

—Desde luego.

—Sin embargo, no está sola. Ha mencionado que tiene familia. ¿Hermanos? ¿Hermanas?

—No. Vivo con mi tío y con mi prima. El tío Arthur es

el hermano de mi madre. Mi tía murió hace muchos años y él no volvió a casarse. Marisol es su única hija.

—¿Son de la misma edad?

—Soy cuatro años mayor que ella. Mi prima tiene dieciocho.

Le sorprendió descubrir que la señorita Hathaway era incluso más joven de lo que había creído al verla sin el velo, y no fue capaz de disimular dicha sorpresa. Una de sus cejas lo delató al enarcarse levemente.

—Está sorprendido —dijo ella—. Cuando afirmó que no me creía tan joven, ¿cuántos años me echaba?

Restell, ya recuperado del desliz, contestó:

—Creo que no sería prudente responder esa pregunta.

La sonrisilla que asomó a los labios de la señorita Hathaway puso de manifiesto que su respuesta no la había ofendido en lo más mínimo.

—Apuesto a que me creía mayor que usted.

—No me sonsacará nada.

—Suele pasarme mucho. Normalmente me creen una solterona que se ha quedado para vestir santos, término que sólo se aplica a mujeres que pasan de la treintena y que no tienen la menor perspectiva de casarse. Lo menciono para que no crea que la reciente experiencia que he sufrido me ha hecho envejecer. Le aseguro que ése no es el caso. Siempre me han echado más años de los que tengo. —Se encogió de hombros—. Supongo que es la consecuencia de tener un carácter serio y de poseer una mente centrada en los estudios.

—Así que no es una solterona que se ha quedado para vestir santos, sino una marisabidilla.

—Si fuera un hombre, el término sería «erudito».

Pese a la dulzura con la que emitió el reproche, Restell sintió su agujonazo.

—Tiene toda la razón. Ha sido un comentario absurdo e innecesario. Le pido disculpas.

—No exagere, señor Gardner. Su comentario no me ha dejado marcada ni mucho menos.

Restell sintió el impulso de sonreír, al que acabó cediendo.

—Es usted una buena pieza, señorita Hathaway.

—¿Eso es un cumplido?

—Desde luego que sí. Ahora bien, puede interpretarlo como quiera. —Al ver que ella no replicaba ni parecía dispuesta a dar su brazo a torcer, Restell siguió con las preguntas—. Su tío Arthur, ¿disfruta de una buena posición?

—¿Desde el punto de vista económico?

—Sí.

—Vive cómodamente. ¿Es importante? Por supuesto, le preocupa el cobro de sus honorarios.

—Discutiremos el tema de mis honorarios sólo si decido aceptarla como cliente. Mi pregunta no tenía nada que ver con eso. Me preguntaba si sus secuestradores podrían albergar la esperanza de pedir un rescate.

—¿Un rescate? ¿Por mi persona?

—¿Su tío no habría pagado para que la liberaran sana y salva?

—Sí, sí, claro que lo habría hecho... Es que...

—¿Qué?

—Hay muchas cosas que no recuerdo. Sobre lo que sucedió.

Restell la observó chuparse el labio y mordisqueárselo hasta que se hizo daño en la herida. La empatía estuvo a punto de hacerle dar un respingo. La señorita Hathaway hizo un mohín a modo de disculpa y volvió a llevarse su pañuelo al labio.

—¿Duda de que hubieran llegado a pedir un rescate para liberarla? —le preguntó.

—Es un tema que nadie ha mencionado en ningún momento, al menos delante de mí. Ni mi tío ni mi prima

Marisol han dicho nada que me haga pensar que les pidieron dinero.

Restell se percató de que titubeaba un poco al hablar, como si estuviera reflexionando acerca de algo relacionado con su respuesta, y eso le resultó muy significativo.

—Hay algo más —dijo—. Algo que acaba de recordar ahora mismo. Dígame en qué está pensando.

Devuelta de esa forma tan abrupta al presente, la señorita Hathaway parpadeó varias veces y alzó la barbilla.

—Es sólo que ni siquiera se me había ocurrido pensar que pudieran exigir dinero a cambio de mi liberación. Encaja a la perfección con el análisis que he hecho de todo lo sucedido, y me siento un poco decepcionada conmigo misma por no haberlo deducido.

Restell suspiró y volvió a coger el abrecartas, con el que procedió a dar golpecitos en el borde del escritorio. Por un momento, sus gestos le recordaron a los de su tutor de la infancia, que solía enfatizar el paso del tiempo con una regla mientras aguardaba la respuesta adecuada a sus preguntas. Miró de reojo el abrecartas y se preguntó si el objeto sería tan amenazador como le resultaba la regla en aquel entonces. Supuso que dependería del recelo de la señorita Hathaway y de su capacidad para imaginarlo abalanzándose sobre ella para golpearle los nudillos con el mango.

—Una información bastante escasa si tenemos en cuenta que procede de la mente de una erudita, señorita Hathaway. Por favor, cuéntemelo todo.

—Voy a hacerlo, señor Gardner, si me hace el favor de dejar de golpear el escritorio. Es como si estuviera tocando un timbal dentro de mi cabeza.

Restell dio un último golpe antes de detenerse. Mantuvo el abrecartas en la mano, a modo de amenaza implícita, y después, para animarla a hablar, lo utilizó como un director de orquesta utilizaría su batuta. Ella lo miró un instante con los ojos entornados, y él anotó para sus adentros

como un punto positivo que no fuera una mujer fácil de manejar.

—Llevo algún tiempo albergando la sospecha de que el ataque contra mi persona no fue fruto del impulso y la oportunidad. Creo que la víctima elegida era Marisol.

—¿Su prima?

—Sí. La señorita Marisol Vega.

—¿Su tío es Arthur Vega? Perdóneme, creo que ahora es sir Arthur Vega.

—Sí. Y se siente muy honrado por el reconocimiento de la Corona. ¿Lo conoce usted?

—He tenido el gran privilegio de ver algunos de sus cuadros, pero no lo conozco en persona. Si no me equivoco, mi madre ha comprado una de sus obras hace poco.

—Eso le recordó que debía prestar más atención a lady Gardner cuando se ponía a parlotear acerca de sus gustos sobre el arte, la moda y el teatro. La simple idea lo deprimía.

—Está frunciendo el ceño —dijo la señorita Hathaway—. ¿La obra de mi tío no encaja con sus gustos artísticos?

—Me gusta mucho lo poco he visto. Puesto que llevo dos semanas sin ver a lady Gardner, no puedo darle mi opinión sobre su última adquisición. Aunque por regla general me tomo mi tiempo para formarme una opinión sobre el estilo, el color y la maestría de las pinceladas, no suelo compartir mi opinión con nadie. Señorita Hathaway, aunque sea triste decirlo, admito mi ignorancia al respecto.

—Gracias por advertírmelo.

Restell dejó el abrecartas en el escritorio.

—Su tío, por tanto, goza de una buena posición.

—Creo que ya se lo he dicho. Sus pinturas son una importante fuente de ingresos.

Esperó un instante por si admitía que sir Arthur Vega era también un jugador empedernido. En ocasiones, ha-

bía visto su famosa firma en los libros de apuestas... y la última era muy reciente. No hacía falta conocer en persona a un hombre para saber cosas sobre él, sobre todo si se frecuentaban ciertos círculos aristocráticos donde los chismes eran moneda de cambio.

—¿Cree usted que habría entregado una suma de dinero como rescate por su hija?

—No me cabe la menor duda. Marisol es la niña de sus ojos.

—¿Aunque la cantidad exigida fuera superior a lo que podría reunir sin pedir ayuda?

—No se habría detenido ante nada. Habría encontrado el modo de reunir el dinero. Adora a su hija.

—¿Cree que habrían exigido el pago de dicho rescate si hubiera sido ella la secuestrada?

—Es posible, aunque eso implicaría que ella era la víctima potencial.

—Usted lo sospecha —le recordó—. Dígame por qué.

—Fui a la tienda de madame Chabrier en su lugar. Le pedí prestado su bonete y su pelliza preferida. Marisol y yo tenemos una altura y una constitución similares, y hay quien asegura que nos parecemos bastante.

—¿Usted no lo cree?

—Si creyera que entre nosotras existe aunque sea un leve parecido, me estaría adulando a mí misma. Marisol es famosa por su belleza. Sin embargo, es posible que alguien que no nos conozca nos confunda si nos ve desde lejos o sólo cuenta con una descripción para identificarnos.

—Entiendo.

—Además, llevaba su ropa. No debería habérmela puesto, por supuesto, pero Marisol puede ser muy persuasiva y sabía que discutir con ella sería una pérdida de tiempo.

—En cualquier otro caso, le habría dado la razón, pero tanta insistencia me intriga.

—Todo fue en beneficio del señor Kincaid.

—Creí que iba a la tienda de madame Chabrier. Es una sombrerera, ¿no? —Restell observó como arqueaba las cejas al escucharlo—. Señorita Hathaway, tengo cuatro hermanas. Tal vez sea un ignorante en lo que se refiere a la última moda en bonetes, pero sé muy bien quién es la mejor sombrerera de la ciudad. ¿Quién es el señor Kincaid y qué se le había perdido en la tienda de madame Chabrier?

—Debe prometerme que lo que voy a contarle no saldrá de estas cuatro paredes.

—Una cita clandestina, supongo —aventuró con voz hastiada—. Ésa suele ser la respuesta más habitual. ¿Por qué le pidió su prima que fuera en su lugar?

—Para acabar con la relación, claro. Marisol está comprometida con otro, ¿entiende?

—¿Desde cuándo? ¿Se comprometió antes o después de concertar una cita clandestina con el señor Kincaid?

—Antes.

—Va a tener que contármelo, señorita Hathaway. Su reticencia a hablar mal de su prima dice mucho de usted, pero está empezando a molestarme. Antes, ha dicho, ¿no?

—Sí. Se comprometió antes de concertar esa cita con el señor Kincaid.

—Y ésa no era la primera vez que se veían a escondidas. Ha dicho usted que tenía intención de poner punto y final a esa relación. De ahí que haya deducido que entre ellos hubo otras citas anteriores. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Sí.

—Lo que su prima entiende por un compromiso difiere bastante de lo que acepta la alta sociedad.

—Es muy joven.

—¿No ha dicho que tiene dieciocho años? ¡Por el amor de Dios, señorita Hathaway! Si no entiende lo que supone un compromiso, es idiota por haber aceptado uno. ¿Con qué tipo de hombre se ha comprometido, con

un ogro? ¿Con un viejo a punto de estirar la pata? ¿Con un viudo con siete hijos a su cargo?

—Nada de eso. El señor Neven Charters es un perfecto caballero e incluso hay quien lo tiene por guapo. En el pasado, realizó algunos negocios con mi tío y, desde entonces, hace las veces de mecenas en alguna que otra ocasión. Así fue como nos conoció. Y en cuanto vio a Marisol... En fin, creo que lo justo es decir que está enamorado de ella.

Restell guardó silencio un instante para reflexionar acerca de lo que creía que la señorita Hathaway había dejado en el tintero. Se percató de que estaba mordiendo el labio otra vez.

—¿Y su prima? ¿También bebe los vientos por él?

—Con independencia de lo que pueda sugerir su comportamiento, parece una unión por amor. Creo que, en realidad, le asusta la idea del matrimonio... y lo que conlleva.

Restell no creía posible que el colorido rostro de su interlocutora fuera capaz de albergar otro color más, de ahí que se sorprendiera al ver que un delicado rubor se extendía por encima del cuello alto del vestido y subía por su mentón hasta cubrir ambas mejillas pese a los moratones. Las manchas violáceas que tenía bajo los ojos adquirieron un tono purpúreo y, después, el rubor siguió su camino hasta llegar a las sienes y expandirse por su frente hasta desaparecer bajo el pelo y el bonete.

—¿Lo que conlleva? —repitió, incapaz de resistirse.

Burlarse de las mujeres era una prerrogativa reservada a los hombres con cuatro hermanas, o eso era lo que había pensado siempre.

—Hijos, señor Gardner. Mi tía murió durante un parto antes de que Marisol cumpliera cinco años. Y lo recuerda perfectamente.

Restell se prometió recordar que la señorita Hathaway

contraatacaba de forma certera cuando se sentía presionada, y del modo más inesperado.

—En ese caso, usted es de la opinión de que sus coqueteos son inocentes, ¿no?

—Estoy segurísima. A veces parece un poco tonta, pero le aseguro que es una chica inteligente. Comprendió que era muy arriesgado y, después de meditarlo bien, decidió dejar de ver al señor Kincaid.

—¿Ha habido algún otro coqueteo?

—No lo sé. No creo.

—¿Lo dice porque espera que haya demostrado ese grado de sensatez?

—Lo digo porque Marisol no suele confiar en mí.

—¿Y cómo se enteró de lo de Kincaid? ¿Ella se lo contó?

—Fuimos juntas a una fiesta en casa de los Newbolt. En enero, creo que fue. Me di cuenta de que el señor Kincaid coqueteaba abiertamente con ella y de que mi prima no rechazaba sus atenciones.

—Supongo que muchas otras personas lo verían.

—Fueron mucho más discretos de lo que mis palabras han insinuado. El señor Charters no nos acompañó, así que Marisol bailó con muchos caballeros.

Restell meditó la respuesta mientras se levantaba del sillón y cruzaba la estancia para colocarse frente a la chimenea. Atizó el fuego para avivarlo un poco. La mañana era inusualmente fría y la temperatura no parecía dispuesta a subir. En deferencia a la comodidad de su visitante, añadió un pequeño leño y lo colocó entre las brasas, donde no tardó en arder.

Cuando se dio la vuelta, descubrió que la señorita Hathaway estaba sentada al borde de su sillón como si fuera un pajarillo ansioso por emprender el vuelo. Se le ocurrió que si le hubiera dado un poco más de tiempo, tal vez habría aprovechado la oportunidad para escapar.

—¿Ha cambiado de opinión? —le preguntó.

—¿Cómo dice?

—Por su aspecto, parece que esté usted deseando encontrarse en cualquier otro lugar, señorita Hathaway. Me preguntaba si se habría pensado bien la decisión de venir a verme. Tal vez quiera marcharse.

—No, yo no... es decir...

Restell necesitaba una respuesta coherente para comprender el rumbo que habían tomado los pensamientos de la mujer. Mientras esperaba a que reuniera las palabras apropiadas, comenzó a golpear el mármol de la chimenea con el atizador. La reacción de la señorita Hathaway fue repentina y dramática. Alzó la cabeza como si acabara de golpearla, soltó por fin el bolso al alzar las manos en un gesto defensivo y se protegió la cara como si se preparase para recibir un golpe. Restell soltó el atizador y, antes de que tocara el suelo siquiera, ella ya se estaba volviendo en dirección contraria y levantando los pies para apoyarlos en el sillón. Se acurrucó en el asiento, inclinando el cuerpo hacia delante y ocultando la cabeza entre los brazos a fin de hacerse lo más pequeña posible para eludir los golpes.

Contuvo el impulso de cruzar la estancia para acercarse a ella. La idea de ofrecerle ayuda y de tranquilizarla le pareció demasiado egoísta, sobre todo considerando que su cercanía sólo empeoraría la situación. Tal vez a él le ayudara el hecho de intentar consolarla, pero seguro que a ella no la aliviaba en absoluto.

—¿Señorita Hathaway? —dijo, sin moverse de donde estaba, con los brazos extendidos a los costados y las palmas hacia arriba, mostrándole así que no portaba ningún arma y que ni siquiera debía considerar sus puños como tales. Mantuvo la misma postura un buen rato, aunque ella no miró en su dirección, ya que estaba seguro de que en un momento dado se arriesgaría a mirarlo de reojo—. No tengo la intención de hacerle daño —le aseguró con

voz serena—. ¿La ha asustado el atizador? ¿La golpearon con un objeto semejante?

Salvo por el estremecimiento que la sacudió, sus preguntas no obtuvieron respuesta.

—¿No va a mirarme, señorita Hathaway? Así se convencerá de que no voy a levantar un dedo contra usted.

La vio apartar las manos enguantadas apenas un milímetro de la cara, pero no volvió la cabeza para mirarlo.

—Admito que estoy totalmente perdido en esta situación —confesó—. Y no pienso darle las gracias por haberme obligado a reconocerlo. —Creyó ver que bajaba las manos un poco más, pero tal vez sólo fuera otro estremecimiento—. No sé cómo lograr que se tranquilice. ¿Le apetece beber algo? Quizá le apetezca quedarse un rato a solas para recuperar la compostura y escapar, si eso es lo que desea. ¿Puedo engatusarla con mis palabras o es mejor que cierre la boca? —Y eso fue lo que hizo durante un largo minuto. Sin embargo, no vio que su silencio mejorara la situación, ya que ella siguió inmóvil—. Voy a salir de la biblioteca —le dijo a la postre—. Tengo que atender un asunto. Siéntase libre de quedarse o de marcharse, como prefiera.

Caminó hacia la puerta manteniendo en todo momento la mayor distancia posible entre la señorita Hathaway y él. En lugar de volver la cabeza cuando salió al pasillo, cerró la puerta en silencio sin mirar atrás.

Emma se enderezó despacio y descubrió que se le habían agarrotado algunos músculos durante el tiempo que había pasado acurrucada de esa manera en el sillón. Se llevó una mano a la mejilla y comprobó que le ardía por culpa de la vergüenza. Le habría encantado echarse a llorar para desahogarse, pero era incapaz de encontrar alivio de ese modo. No pudo hacerlo por miedo mientras estuvo retenida y, desde entonces, mucho menos. Soñaba con aho-

garse en un mar de lágrimas y, a veces, imaginaba que las lágrimas le marcaban la cara, dejándole cicatrices permanentes como las de algún ácido. Las lágrimas expondrían esa parte de sí misma que mantenía intacta, escondida e inviolable, en un lugar donde podía fingir que lo sucedido no le había pasado realmente a ella, sino a otra persona.

El tío Arthur la miraba de otra forma desde entonces. Veía la decepción en sus miradas solapadas, incluso cierto descontento, como si le hubiera fallado al no haber sido capaz de protegerse. Al fin y al cabo, su incapacidad para defenderse de sus atacantes le había recordado a su tío que no era un hijo capaz de valerse por sí mismo, sino una mujer con las vulnerabilidades propias de las mujeres.

Marisol, en cambio, no paraba de mirarla. Su prima se sentía intrigada y, a la vez, asqueada por lo que veía, y su cara reflejaba perfectamente esos sentimientos contradictorios. Durante los primeros días de su regreso a casa, había sido incapaz de evitar que Marisol la atendiera. Al principio, creyó que su prima lo hacía movida por la culpa, pero a esas alturas sospechaba que su prima carecía de la profundidad de sentimientos que hasta entonces había creído que poseía. El alivio que leía en su hermoso rostro era tal vez el reflejo de lo que albergaba en su interior: el alivio de no haber sido ella la víctima.

Sin embargo, no era capaz de culparla por ello. Si sus posiciones se invirtieran, tal vez ella estuviera sintiendo lo mismo, aunque aún no había llegado al punto de desear que hubiera sido su prima quien sufriera la experiencia. Porque era incapaz de desearle a otra persona lo que ella había vivido.

¿Acaso no estaba donde estaba precisamente para evitarlo?

Restell Gardner no era lo que había esperado y la edad no tenía nada que ver. Nada más verlo, cualquiera podía caer en el error de creerse en presencia de un dios. Ese

pelo tan rubio y tan claro que bien podría ser oro bruñido por el sol le había hecho pensar en Apolo al instante. Ya estuviera sentado o de pie, sus ademanes y sus gestos eran tan confiados y casuales que le otorgaban un aura de suprema indiferencia. Una impresión que desaparecía bajo la mirada de sus ojos. Porque si lo deseaba, el señor Gardner era capaz de mantener una mirada durante un lapso interminable sin parpadear siquiera. La insensibilidad que parecían transmitir sus gestos y su forma de moverse quedaba traicionada por sus ojos, capaces de ser tan cálidos y claros como un cielo de verano, o tan gélidos e impenetrables como la capa de hielo de un estanque en invierno.

Era su paciencia, y su aspecto de guerrero vikingo, lo que lo convertía en alguien a quien no se debía menospreciar. Aunque la había hecho esperar lo que le pareció un tiempo insoportable en el salón, fue incapaz de aprovechar la oportunidad para decidir qué decirle y cómo decirselo. Las ideas cruzaban a tal velocidad por su cabeza que le fue imposible ordenar sus pensamientos de forma coherente, aunque al final él había sido capaz de sonsacárselo casi todo.

En ningún momento se había sentido compadecida, ni tampoco creía haber actuado de forma lastimera, ni siquiera cuando se alzó el velo y le mostró en lo que se había convertido su cara. El señor Gardner la había mirado abiertamente, sin revulsión, y había logrado que le fuera imposible bajar la cabeza o refugiarse de nuevo tras la protección del encaje negro. En ese instante, había hecho acopio de valor porque él esperaba que fuera fuerte, como si hubiera encontrado el modo de que reaccionara con valentía a pesar de que ella habría jurado que nunca fue valiente.

De modo que había sido fuerte, hasta que oyó el golpe del atizador. Si los golpecitos del abrecartas contra el escritorio le habían parecido los de un timbal, el sonido metálico del atizador contra el mármol se asemejó al de unos

platillos que se hubieran encontrado a ambos lados de su cabeza.

La reacción inmediata, la de acurrucarse como si fuera un erizo en la relativa seguridad que ofrecía el sillón de cuero, fue totalmente instintiva. Lo había hecho sin pensar. No había podido evitarlo, y eso le resultaba aterrador. ¿Y si el señor Gardner la creía tan loca como para encerrarla en un manicomio? ¿Aceptaría ayudar a una persona con tan poco control sobre sus reacciones? Podía recomendar que la internaran en una institución para dementes y ¿qué garantías tenía de que su tío no aprobara esa solución? Había evidencias de que podría tomar esa decisión pensando en su bien, y si no lograba volver a ser útil, posiblemente llegara a tomarla por el bien de la familia.

Se puso en pie de un brinco. Las piernas la sostuvieron mejor de lo que pensaba. Abrió el bolso y sacó el talón bancario que había firmado a nombre del señor Restell Gardner con fondos procedentes de su asignación trimestral y de sus ahorros. Lo colocó sobre el papel secante y le puso encima el abrecartas a modo de pisapapeles, tras lo cual se bajó el velo y echó a andar hacia la puerta.

Alguien llamó en ese mismo momento, haciendo que se detuviera en seco. Abrió la boca para hablar, para decir cualquier cosa, pero descubrió que le fallaba la voz. Los insistentes golpecitos se repitieron, con más fuerza en esa ocasión, con más apremio, como si la persona que estaba tras la puerta hubiera llegado a la conclusión de que no los había oído la primera vez.

No sabría decir cuánto tiempo se quedó allí plantada, lo único que atinó a comprender fue que la puerta se abría. La oscuridad que la acechaba se cernió sobre ella en ese momento y la engulló.